

tes con intenciones políticas específicas y los nulifica como sujetos sociales de derecho.

Pese a la insistencia de organismos y gobiernos sobre los supuestos efectos positivos de la migración y las remesas para detonar el desarrollo de los países de origen, no existe evidencia empírica que respalde tal presunción. En el afán por mantener esas proclamas, se difunden “casos exitosos”, como botón de muestra. Generalmente se trata de microproyectos de autoayuda que difícilmente promueven el desarrollo local. Inclusive, el propio discurso dominante ha tenido que asumir una posición cada vez más cauta y acotada. Ante ello, pierde sustento la expectativa de que el caudal de remesas active el anhelado desarrollo, a tal grado que ahora se postula que la migración es apenas un camino, entre otros, para superar la pobreza.

Vulnerabilidad de la sociedad migrante

El capitalismo, y más su expresión neoliberal, conculca los derechos humanos de la mayoría de la personas. El interés primordial es generar grandes ganancias en beneficio del gran capital. Para ello se destruye el Estado social, el sistema de subsistencia social, y se mercantilizan los bienes de la nación y los bienes comunes. La satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población constituye ahora un objetivo irrelevante, ante el interés de generar un clima favorable a los negocios. Las desigualdades sociales se acentúan y se expande la pobreza, la marginación y la miseria.

La vulnerabilidad social en los países subdesarrollados se acrecienta por el desempleo, la insalubridad, el deterioro educativo y la pobreza. En ese entorno se generan problemas sociales como la delincuencia, la violencia, la trata de personas y la migración.

El migrante es un sujeto despojado y necesitado; despojado de sus medios de producción y subsistencia, necesitado de acceder a un empleo remunerador que le garantice la subsistencia. Los migrantes ven minados sus derechos humanos en los lugares de origen, tránsito y destino. En los lugares de origen, los migrantes son excluidos del sistema como productores, consumidores y ciudadanos. La acumulación por despojo promueve la ruina de los pequeños productores, como los campesinos, artesanos, microindustriales, etcétera. Además cierra el paso a nuevos trabajadores. La mayoría de la gente ve cancelado el acceso a recursos para la producción: financieros, naturales, tecnológicos y humanos. La falta de acceso a un empleo remunerado se traduce en una exclusión del mercado como consumidores, con lo cual se pone en riesgo la reproducción de la vida, pues amén de la pobreza, se padece hambre, desnutrición y enfermedades. Las expectativas, ya no de una vida buena, sino de sobrevivencia, se reducen al extremo y el riesgo de morir es inminente, a menos que se abandone ese lugar en la búsqueda de empleo remunerado.

En ese contexto no puede hablarse de ciudadanía plena, pues todo se reduce a individuos sufragantes que votan por los candidatos que el propio sistema les impone, sin la posibilidad de apoyar a candidatos que aboguen por los intereses del pueblo, en tanto que las posibilidades de participación directa se estrecha, pues los partidos detentan el monopolio de la representación, y ahora se encuentran coaligados en la defensa de los intereses del capital, salvo raras excepciones de expresiones partidarias minoritarias y políticos aislados, pero comprometidos con las causas sociales.

El subdesarrollo es un sistema altamente excluyente que expulsa población, como mecanismo depurativo. En el tránsito, los migrantes afrontan una multiplicidad de riesgos que ponen en peligro la vida misma. Múltiples organizaciones criminales han tomado a los migrantes como una presa fácil para la extorsión, secuestro, violación, robo y asesinato. En estas acciones perversas también participan los cuerpos de seguridad pública y los

agentes aduanales. Es una práctica que requiere del respaldo informal de los agentes del Estado, pues está envuelta en la corrupción, complicidad e impunidad. Cuando el crimen organizado participa, también se inmiscuyen prácticas delictivas como la trata de personas, y el tráfico de armas y de estupefacientes.

La propia travesía migratoria también es riesgosa, sobre todo para los indocumentados pobres, que tienen que viajar en medios de transporte inapropiados, como en un tren carguero, o cruzar las fronteras obstruidas por muros, resguardadas por cercos policiacos y militares, y vigilada mediante dispositivos tecnológicos y patrullajes motorizados y aéreos, que exigen a los migrantes que se internan de manera clandestina adentrarse por caminos inhóspitos que ameritan grandes caminatas y exposiciones prolongadas a las inclemencias del tiempo, como temperaturas extremas, con el riesgo de sufrir picaduras de animales venenosos o padecer insolación y deshidratación. Además de que los traficantes de personas, llamados “polle-ros”, también están coaligados con organizaciones criminales y pueden incurrir en violaciones, extorsiones, secuestros y asesinatos.

El arribo al lugar de destino no garantiza la felicidad ni un vivir bien. Los inmigrantes son considerados personas indeseables por la ideología conservadora dominante en los países desarrollados, peor aún durante las crisis económicas, donde incluso llegan a ser señalados como responsables de la depresión económica. En este contexto, los migrantes son criminalizados y considerados como una suerte de enemigo público, pues se plantea que ocupan plazas laborales que no les corresponden, exigen servicios públicos que representan una carga al erario y viven en condiciones que no corresponden con la cultura y civilización desarrollada. Los migrantes son considerados como bárbaros, invasores o extraterrestres.

Los inmigrantes son recluidos, en términos espaciales, en barriadas o guetos pobres, donde a los sumo puede convivir con otros inmigrantes o nativos que comparten la condición de pobreza. Esto no escapa a la posibi-

lidad de que algunos inmigrantes escalen socialmente y puedan ocupar otros ámbitos de vida y de trabajo. Pero la mayoría vive en condiciones de exclusión social (hacinamiento, sin acceso a seguridad social y servicios públicos), precariedad laboral (bajos salarios, inseguridad laboral, despidos) y ciudadanía precaria (sin reconocimiento legal, sin derecho a participación política y voto).

La sociedad migrante, que incluye no sólo a los migrantes que viven en un país distinto al de su nacionalidad, sino también a sus dependientes económicos y a sus coterráneos radicados en lugares de alta incidencia migratoria, la vulnerabilidad o insustentabilidad social, aunado al deterioro drástico de los derechos humanos, significa una fractura del ciclo natural de la vida, un mundo donde la persona humana es reducida a su mínima expresión: fuerza de trabajo barata y desechable. Peor aún, para los miembros de la sociedad migrante, perder la vida siempre es un riesgo latente.

